

PALABRAS PRELIMINARES DEL ACADÉMICO

Dr. PEDRO JOSÉ FRÍAS

El hecho de haberme incorporado años atrás a esta Academia como miembro correspondiente, no aminora la emoción y la honra de asociarme a esta ilustre compañía. Y que el intérprete haya sido un ciudadano de tantos merecimientos como el Dr. José Manuel Saravia —en cuyas generosas palabras me cuesta reconocerme—, añade un nuevo estímulo.

He escogido como sillón, entre varios posibles, el que tiene por patrono a Estanislao Zeballos. No será en mengua sino en elogio del prócer el confesar que mi afinidad no es completa. Zeballos era un positivista en sus convicciones y hasta en el proceso especificador de la vida. En los hechos, un voluntarista jurídico, con un instinto de utilidad al servicio de la sociedad política, donde todo idealismo parecía capitulación. Si no es por las afinidades de espíritu, mi elección es, en cambio, un homenaje a la singularidad de su destino, a los nuevos caminos que prestigió, a las disciplinas científicas que abrazó, a los servicios prestados con denodada energía.

No sin nostalgia imagino lo que sería nuestra Argentina si otros hombres como él hubieren conocido el cuerpo de la Nación en todas sus dimensiones: arqueología, geología, geografía; si hubieren promovido fundaciones útiles sin apego a la función burocrática; si hubieren expuesto tanto su prestigio en debates incómodos, y si se hubieren equivocado pero en el curso de una vida militante, donde cada emprendimiento nuevo era una docencia civil.

En medio siglo de rica historia argentina, no solamente como canciller —lo fue en tres oportunidades—, se ocupó

de preservar nuestro patrimonio territorial, sino que también lo hizo —como recuerda Ferrari— desde la cátedra universitaria, la banca de diputado, los congresos internacionales, las misiones en el exterior, el diario La Prensa y su Revista de Derecho, Historia y Letras que tan bien lo representa.

Fue Zeballos una expresión mayor del liberalismo nacionalista. Para ese liberalismo, Echeverría fue el clima, Alberdi y Sarmiento las ideas, Mitre el escrúpulo entre la nacionalidad y la segregación, la Guerra del Paraguay la controversia moral, la Campaña del Desierto la consumación territorial y el primer gobierno de Roca la racionalidad. Zeballos fue la novedad servicial, la originalidad, la grandilocuencia, el interés nacional sin añadiduras.

No es importante saber si ese interés nacional pudo servir con otras opciones que las de Zeballos. Lo importante era dejarse enamorar por él. Ahí lo veo en su grandeza de polígrafo, de cultor interdisciplinario, de político y estadista. En ese "destino peraltado" por el que trabajó Zeballos para la Argentina, identifico la inevitable nostalgia que me ha llevado al tema de esta tarde: la vida pública.